

RETIRO DEL BANCO

El Consejo de Supervisión de Bremen, o sea los accionistas alemanes, no hicieron nada para aclarar la situación anteriormente descrita. Con gusto hubiera aceptado cualquier tarea de combate. Pero no podía someterme a la exigencia exagerada de agachar la cabeza constantemente sin protesta ante todos los ataques injustificados. El ambiente del banco se me hizo cada día más insoportable y después de tener otra discusión con el doctor C. E. Restrepo renuncié a mi puesto. Me retiré del banco el 30 de junio de 1929.

Había sido la decisión más difícil de tomar, hasta ese momento, en mi vida. Durante más de dieciséis años estuve unido al banco, había crecido con él y estaba estrechamente ligado a él. El doctor C. E. Restrepo una vez me reprochó por administrar el banco como si fuera de mi propiedad. Le respondí que justo este había sido el caso y que yo no estaba dispuesto a pedir disculpas en absoluto por eso, porque me había dedicado diligentemente a los negocios del banco como si hubiera sido realmente mío. Si hubiera pensado en mi ventaja personal al principio, entonces habría actuado de manera diferente. En los últimos años me han preguntado repetidas veces sobre propuestas de participación en negocios, algunas de las cuales fueron muy tentadoras, pero me hubieran obligado a dedicarles tiempo y atención. No quise restarlos a mi trabajo en el banco y, por lo tanto, me contenté con invertir mis ahorros de tal manera que su supervisión podría llevarse a cabo sin demasiado esfuerzo. Sobre todo los había invertido en acciones del mismo Banco Alemán Antioqueño; en ese entonces las vendí. Como consecuencia de las dificultades con la autoridad bancaria, su precio, que había sobrepasado temporalmente el umbral de los quinientos pesos, cayó alrededor de los cuatrocientos pesos, y, tres años más tarde debió retroceder a setenta u ochenta pesos.

Un viejo y fiel empleado del banco, Alfonso Echavarría, se hizo cargo de la venta de nuestros muebles y enseres domésticos, de tal manera que no tuve que retrasar mi partida. La apuré para pensar en otra cosa.

De todos aquellos a quienes dejaba en Medellín, lamenté más que nada la separación de mi amigo Reinhard Gundlach, con quien había trabajado casi dieciséis años en una armonía ininterrumpida. Justo se había recuperado

de una enfermedad que fue consecuencia de las vicisitudes de los últimos tiempos. Todavía estaba postrado en cama cuando recibió la noticia de mi último choque con el doctor Restrepo y mi renuncia, lo que le provocó un desmayo. Su primer pensamiento después de eso fue retirarse también del banco, de lo cual creí tener que disuadirlo por razones que concernían a sus propios intereses, unos pocos años más tarde se podía poner en duda si yo le había hecho con ello un favor. El momento de nuestra separación fue para ambos el final de una actividad de mucho trabajo pero exitosa para los intereses del banco, por lo que la mirábamos con orgullo y satisfacción, aunque Gundlach veía su futura tarea en esa entidad con pocas esperanzas.

Yo mismo no tenía ningún plan firme para el futuro en ese momento, sin embargo, recibí algunas sugerencias para empezar a trabajar en Colombia de una manera diferente. Entre ellas estaba la de Pablo Echavarría, sobrino del fallecido Alejandro Echavarría, quien era uno de los industriales más importantes de la ciudad y me propuso fundar junto con él y un grupo de amigos un nuevo banco solo para Medellín, y asumir su dirección. Tuve que desaconsejarle el proyecto por considerar que el momento y otras circunstancias eran muy desfavorables; aparte de eso, me habría sentido incómodo de competir con el Banco Alemán Antioqueño.

En primer lugar viajé a Nueva York, donde presenté un informe oral a Paul Warburg sobre los acontecimientos en Medellín. Él lamentó también el cambio de decisión de los accionistas alemanes en el último momento, pero lo consideró comprensible desde el punto de vista humano, aunque no muy consecuente. Me recomendó visitar en Hamburgo a la compañía bancaria M. M. Warburg & Co., de donde él había surgido, y dejar allí mi dirección en caso de que necesitaran contactarse conmigo.

Para continuar mi viaje de Nueva York a Bremen, que justo coincidió con la temporada de turismo, pues era mediados de julio, solo pude conseguir una cabina interior pequeña y no muy linda, en el nuevo vapor Bremen, de Lloyd-Dampfer, que acababa de realizar su primer viaje. El camarote costó cuatrocientos pesos, un precio relativamente alto para la relación de aquel entonces. El barco ya estaba equipado, pero presentaba la desventaja de vibrar muy fuerte en sus sectores traseros al navegar a toda velocidad, lo que hacía la estadía allí desagradable. Después del primer viaje la desventaja se resolvió.

Mientras estaba parado en la barandilla, en la rada de Southampton, y observaba la embarcación de avituallamiento que estaba arrimando, descubrí en ella a una elegante y joven dama que saludaba animadamente con la mano. Apenas podía creer cuando empecé a darme cuenta, de que me saludaba, y que no era otra persona sino Elisabeth, que había venido a mi encuentro y quería sorprenderme, lo cual logró totalmente. Por suerte el vapor se había vaciado

bastante, así que pudimos conseguir para el resto del viaje un camarote exterior, hermoso y grande. A la mañana siguiente estábamos en Bremerhaven y lamentamos que el viaje en el hermoso barco y con tan buen tiempo hubiera finalizado. Unas pocas horas después llegamos a Bremen, donde encontramos a los niños bien de salud, como Elisabeth me había anunciado.

En los asuntos del banco, aún mantuve conversaciones triviales y sin contenido con los accionistas de Bremen, principalmente con Bollmeyer, quien era de la opinión que las condiciones en el banco eran óptimas de nuevo y yo había actuado con precipitación al renunciar a mi puesto. Le respondí que el futuro demostraría quién de los dos tenía razón. Con Thiel y Kellner, a quienes había tratado con algo de rudeza en algunas cartas, casi no me reuní más. Tanto Bollmeyer y su esposa, como el resto de la familia Held, se esforzaron por mostrarme que nuestras diferencias de opinión comerciales no influían de ninguna manera en nuestra relación personal y nos invitaron a Elisabeth y a mí en varias ocasiones a su residencia al igual que a su casa de campo en Döttlingen, la cual había adquirido el señor mayor. Todo era muy amable, pero el espíritu del anciano señor ya no existía. Decidí sacarme de la cabeza por cierto tiempo el banco y todos los asuntos comerciales en general, concederme un tiempo de solo descanso y durante este considerar con toda tranquilidad de qué forma quería trabajar en el futuro.